



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 27 de abril de 1988

La misión de Cristo.

"Ha llegado a vosotros el reino de Dios" (cf. Lc 11, 20)

1. "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 15). Jesucristo fue enviado por el Padre "para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lc 4, 18). Fue —y sigue siendo— el primer Mensajero del Padre, el primer Evangelizador, como decíamos ya en la catequesis anterior con las mismas palabras que Pablo VI emplea en la *Evangelii nuntiandi*. Es más, Jesús no es sólo el anunciador del Evangelio, de la Buena Nueva, sino que *Él mismo es el Evangelio* (cf. *Evangelii nuntiandi*, 7).

Efectivamente, en todo el conjunto de su misión, por medio de todo lo que hace y enseña, y, finalmente, mediante la cruz y resurrección, "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre" (cf. *Gaudium et spes*, 22), y le descubre las perspectivas de aquella felicidad a la que Dios lo ha llamado y destinado desde el principio. *El mensaje de las bienaventuranzas* resume el programa de vida propuesto a quien quiere seguir la llamada divina, es la síntesis de todo el "éthos" evangélico vinculado al misterio de la redención.

2. La misión de Cristo consiste, ante todo, en la revelación de la Buena Nueva (Evangelio) *dirigida al hombre*. Tiene como objeto, por tanto, el hombre, y, en este sentido, se puede decir que es "antropocéntrica": pero, al mismo tiempo, está profundamente *enraizada en la verdad del reino de Dios*, en el anuncio de su venida y de su cercanía: "El reino de Dios está cerca... creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 15).

Este es, pues, "el Evangelio del reino", cuya referencia al hombre, visible en toda la misión de Cristo, está enraizada en una *dimensión "teocéntrica"*, que se llama precisamente *reino de Dios*.

Jesús *anuncia* el Evangelio de este reino, y, al mismo tiempo, *realiza el reino de Dios* a lo largo de todo el desarrollo de su misión, por medio de la cual el reino nace y se desarrolla ya en el tiempo, como germen inserto en la historia del hombre y del mundo. Esta realización del reino tiene lugar mediante la palabra del Evangelio y mediante toda la vida terrena del Hijo del hombre, coronada en el misterio pascual con la cruz y la resurrección. Efectivamente, con su "obediencia hasta la muerte" (cf. *Flp 2, 8*), Jesús dio comienzo a una nueva fase de la economía de la salvación, cuyo proceso se concluirá cuando Dios sea "todo en todos" (*1 Cor 15, 28*), de manera que *el reino de Dios ha comenzado verdaderamente a realizarse* en la historia del hombre y del mundo, aunque en el curso terreno de la vida humana nos encontremos y choquemos continuamente con aquel otro término fundamental de la dialéctica histórica: la "desobediencia del primer Adán", que sometió su espíritu al "príncipe de este mundo" (cf. *Rom 5, 19; Jn 14, 30*).

3. Tocamos aquí el punto central —y casi el punto crítico— de la realización de la misión de Cristo, Hijo de Dios, en la historia: cuestión ésta sobre la que será necesario volver en una etapa sucesiva de nuestra catequesis. Si en Cristo el Reino de Dios "*está cerca*" —es más, está presente— de manera definitiva en la historia del hombre y del mundo, al mismo tiempo, su *cumplimiento* sigue *perteneciendo al futuro*. Por ello, Jesús nos manda que, en nuestra oración, digamos al Padre "venga tu reino" (*Mt 6, 10*).

4. Esta cuestión hay que tenerla bien presente a la hora de ocuparnos del Evangelio de Cristo como "Buena Nueva" del *reino de Dios*. Este era el tema "guía" del anuncio de Jesús cuando hablaba del reino de Dios, sobre todo, en *sus numerosas parábolas*. Particularmente significativa es la que nos presenta el reino de Dios *parecido a la semilla* que siembra el sembrador de la tierra... (cf. *Mt 13, 3-9*). La semilla está destinada "a dar fruto", por su propia virtualidad interior, sin duda alguna, pero el fruto depende también de la tierra en la que cae (cf. *Mt 13, 19-23*).

5. En otra ocasión Jesús compara el reino de Dios (el "reino de los cielos", según Mateo) *con un grano de mostaza*, que "es la más pequeña de todas las semillas", pero que, una vez crecida, se convierte en un árbol tan frondoso que los pájaros pueden anidar en las ramas (cf. *Mt 13, 31-32*). Y compara también el crecimiento del reino de Dios con la "*levadura*", que hace fermentar la masa para que se transforme en pan que sirva de alimento a los hombres (*Mt 13, 33*). Sin embargo, Jesús dedica todavía una parábola al problema del crecimiento del reino de Dios en el terreno que es este mundo. Se trata de la parábola del *trigo y la cizaña*, que el "enemigo" esparce en el campo sembrado de semilla buena (*Mt 13, 24-30*): así, en el campo del mundo, el bien y el mal, simbolizados en el trigo y la cizaña, crecen juntos "hasta la hora de la siega" —es decir, hasta el día del juicio divino—; otra alusión significativa a la perspectiva escatológica de la historia humana. En cualquier caso, Jesús nos hace saber que el *crecimiento de la semilla*, que es la "Palabra de Dios", está condicionada por el modo en que es acogida en el campo *de los corazones humanos*: de esto depende que produzca fruto dando "uno ciento, otro sesenta, otro treinta" (*Mt 13, 23*), según las disposiciones y respuestas de aquellos que la reciben.

6. En su anuncio del reino de Dios, Jesús nos hace saber también que este reino no está destinado a una sola nación, o únicamente al "pueblo elegido", porque vendrán "de Oriente y Occidente" para "sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob" (cf. *Mt* 8, 11). Esto significa, en efecto, que no se trata de un *reino en sentido temporal y político*. No es un reino "de este mundo" (cf. *Jn* 18, 36), aunque aparezca insertado, y en él deba desarrollarse y crecer. Por esta razón se aleja Jesús de la muchedumbre que quería hacerlo rey ("Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza *para hacerlo rey, huyó de nuevo al monte Éi solo*": *Jn* 6, 15). Y, poco antes de su pasión, estando en el Cenáculo, Jesús pide al Padre que conceda a los discípulos vivir según esa misma concepción del reino de Dios: "No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos *no son del mundo, como yo no soy del mundo*" (*Jn* 17, 15-16). Y más aún: según la enseñanza y la oración de Jesús, el reino de Dios debe crecer en los corazones de los discípulos "en este mundo"; sin embargo, llegará a su cumplimiento en el mundo futuro: "cuando el Hijo del hombre venga en su gloria... Serán congregadas delante de Él todas las naciones" (*Mt* 25, 31-32). ¡Siempre en una perspectiva escatológica!

7. Podemos completar la noción del reino de Dios anunciado por Jesús, subrayando que *es el reino del Padre*, a quien Jesús nos enseña a dirigirnos con la oración para obtener su llegada: "Venga tu reino" (*Mt* 6, 10; *Lc* 11, 2). A su vez, el Padre celestial ofrece a los hombres, mediante Cristo y en Cristo, el perdón de sus pecados y la salvación, y, lleno de amor, espera su regreso, como el padre de la parábola esperaba el regreso del hijo pródigo (cf. *Lc* 15, 20-32), porque *Dios es verdaderamente "rico en misericordia"* (*Ef* 2, 4).

Bajo esta luz se coloca todo el Evangelio de la conversión que, desde el comienzo, anunció Jesús: "convertíos y creed en la Buena Nueva" (*Mc* 1, 15). *La conversión* al Padre, al Dios que "es amor" (*1 Jn* 4, 16), *va unida a la aceptación del amor como mandamiento "nuevo": amor a Dios*, "el mayor y el primer mandamiento" (*Mt* 22, 38) y *amor al prójimo*, "semejante al primero" (*Mt* 22, 39). Jesús dice: "os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros". "Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros" (*Jn* 13, 34). Y nos encontramos aquí con la esencia del "reino de Dios" en el hombre y en la historia. Así, *la ley entera* —es decir, el patrimonio ético de la Antigua Alianza— *debe cumplirse*, debe alcanzar su plenitud divino-humana. El mismo Jesús lo declara en sermón de la montaña: "No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (*Mt* 5, 17).

En todo caso, El libra al hombre de la "letra de la ley", *para hacerle penetrar en su espíritu*, puesto que, como dice San Pablo, "la letra (sola) mata", mientras que "el Espíritu da la vida" (cf. *2 Cor* 3, 6). El amor fraterno, como reflejo y participación del amor de Dios, es, pues, el principio animador de la Nueva Ley, que es como la base constitucional del reino de Dios (cf. *Summa Theol.*, I-II, q. 106. a. 1; q. 107. aa. 1-2).

8. Entre las parábolas, con las que Jesús reviste de comparaciones y alegorías su predicación

sobre el reino de Dios, se encuentra también *la de un rey "que celebró el banquete de bodas de su hijo"* (Mt 22, 2). La parábola narra que muchos de los que fueron invitados primero no acudieron al banquete, buscando distintas excusas y pretextos para ello, y que, entonces, el rey mandó llamar a otra gente, de los "cruces de los caminos", para que se sentaran a su mesa. Pero, entre los que llegaron, no todos se mostraron dignos de aquella invitación, por no llevar el "vestido nupcial" requerido.

Esta *parábola del banquete*, comparada con *la del sembrador* y la semilla, nos hace llegar a la misma conclusión: si no todos los invitados se sentarán a la mesa del banquete, ni todas las semillas producirán la mies, ello depende de las disposiciones con las que se responde a la invitación o se recibe en el corazón la semilla de la Palabra de Dios. Depende del modo con que se acoge a Cristo, que es el *sembrador*, y también *el hijo del rey* y el *esposo*, como El mismo se presenta en distintas ocasiones: "¿Pueden ayunar los invitados a las bodas cuando el esposo está todavía con ellos?" (Mc 2, 19), preguntó una vez a quien lo interrogaba, aludiendo a la severidad de Juan el Bautista. Y Él mismo dio la respuesta: "*Mientras el esposo está con ellos no pueden ayunar*" (Mc 2, 19).

Así, pues, el reino de Dios es como una fiesta de bodas a la que el Padre del cielo invita a los hombres en comunión de amor y de alegría con su Hijo. Todos están llamados e invitados: pero cada uno es responsable de la propia adhesión o del propio rechazo, de la propia conformidad o disconformidad con la ley que reglamenta el banquete.

9. Esta es la ley del amor: se deriva de la gracia divina en el hombre que la acoge y la conserva, participando vitalmente en el misterio pascual de Cristo. Es un *amor que se realiza* en la historia, no obstante cualquier rechazo por parte de los invitados, sin importar su indignidad. Al cristiano le sonríe la esperanza de que el amor se realice también en todos los "invitados": precisamente porque la "medida" pascual de ese amor esponsal es la cruz, su perspectiva escatológica ha quedado abierta en la historia con la resurrección de Cristo. Por Él el Padre "nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al *reino de su Hijo querido*" (cf. Col 1, 13). Si acogemos la llamada y secundamos la atracción del Padre, en Cristo "tenemos todos la redención" y la vida eterna.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Me complace saludar ahora a los peregrinos de lengua española, venidos de España y de América Latina.

De modo especial saludo al grupo internacional de Hermanos Maristas y a los Religiosos de la

Obra de Don Guanella, así como a la numerosa peregrinación española organizada por los Hijos de la Sagrada Familia. También saludo al coro “Camerata Alter” de Buenos Aires, junto con otro grupo argentino. Asimismo, saludo a los grupos provenientes de Madrid, Badajoz, Cartagena y Granada. Igualmente a los estudiantes venidos de Madrid y Málaga. El Reino de Dios está cerca, pero aún no se ha realizado plenamente; por eso, unidos a Cristo pidamos todos al Padre: “Venga a nosotros tu reino”(Mt 6, 10).

A todos os imparto con afecto mi bendición apostólica.